

Capítulo 1

Kent, Inglaterra
Junio de 1809

Robert Kemble, conde de Macclesfield, nunca había sido muy dado a los vuelos de la imaginación y sin embargo, cuando vio a la chica junto al lago, se enamoró de ella al instante.

Y no por su belleza. Era ciertamente atractiva, con su cabello negro y su airosa nariz, pero Robert había visto mujeres más bellas en los salones de Londres.

Tampoco fue por su inteligencia. Robert no tenía motivos para sospechar que fuera estúpida, pero como no había cruzado ni dos palabras con ella, tampoco podía responder de su intelecto.

Y, desde luego, no fue por su gracilidad de movimientos. La primera vez que la vio, ella estaba agitando los brazos mientras resbalaba por una piedra húmeda. Aterrizó en otra piedra con un fuerte golpe, seguido por un «¡Ay, madre!» igualmente estentóreo, y al levantarse se sacudió el dolorido trasero.

Robert no sabía decir qué era. Sólo sabía que era perfecta.

Se acercó, escondido entre los árboles. Ella avanzaba pisando de piedra en piedra y cualquiera se habría dado cuenta de que iba a resbalar, porque la piedra que estaba pisando estaba recubierta de musgo y...
¡Plas!

— ¡Ay, madre! ¡Ay, madre! ¡Ay, madre!

Robert no pudo menos que sonreír mientras ella se incorporaba

ignominiosamente con el bajo del vestido empapado, y sus zapatitos tenían que estar para tirarlos.

Robert se inclinó hacia delante y vio que sus zapatos estaban al sol, seguramente donde los había dejado antes de ponerse a brincar de piedra en piedra. *Chica lista*, pensó complacido.

Ella se sentó en la ribera cubierta de hierba y empezó a retorcer el vestido para escurirlo, ofreciendo de paso a Robert el delicioso espectáculo de sus pantorrillas desnudas. ¿Qué habría hecho de sus medias?, se preguntaba Robert.

Y entonces, como impulsada por ese sexto sentido que sólo las mujeres parecían poseer, levantó la cabeza bruscamente y miró en derredor.

—¿Robert? —llamó—. ¡Robert! Sé que estás ahí.

El hombre se quedó helado: estaba seguro de que no la había visto nunca antes, de que jamás los habían presentado, y más seguro aún de que, si así hubiera sido, ella no le llamaría por su nombre de pila.

—Robert —dijo ella, casi chillando—, insisto en que te muestres.

Robert dio un paso adelante.

—Como desee mi señora —repuso el intruso con una caballerosa reverencia.

Ella se quedó boquiabierta. Parpadeó y se levantó torpemente. Entonces debió de darse cuenta de que todavía tenía entre las manos el bajo de su vestido y las rodillas desnudas y a la vista de todo el mundo. Soltó la falda.

—¿Quién demonios es usted?

Él le dedicó su mejor sonrisa de soslayo.

—Robert.

—Usted no es Robert —balbució ella.

—Lamento disentir —respondió él, sin intentar siquiera disimular su regocijo.

—Pues no es mi Robert.

Él se sintió recorrido por un inesperado arrebató de celos.

—¿Y quién es su Robert?

—Es... es... No creo que eso sea de su incumbencia.

Robert ladeó la cabeza, fingiendo considerar largamente la cuestión.

—Cabría alegar como argumento que, puesto que éstas son mis tierras y dado que sus faldas están mojadas con agua de mi lago, es, en efecto, asunto de mi incumbencia.

Ella se quedó pálida.

— ¡Ay, Señor! No será usted el amo.

Él sonrió.

— Lo soy.

— Pero... pero se supone que el amo es viejo. — Parecía sumamente perpleja y aturullada.

— Ah. Ya veo cuál es el problema. Soy el hijo del amo. El otro amo. ¿Y usted es...?

— Estoy en un buen lío — balbució ella.

Robert cogió su mano, que ella no le había tendido, y efectuó una reverencia.

— Es un inmenso honor para mí conocerla, señorita Lío.

Ella soltó una risilla.

— Señorita Buenlío, si no le importa.

Si Robert tenía alguna duda respecto a la perfección de la mujer que tenía delante, se desvaneció bajo la fuerza de su sonrisa y su evidente sentido del humor.

— Muy bien — dijo —. Señorita Buenlío. No quisiera ser descortés, ni privarla de su nombre completo. — Tiró de su mano y la llevó junto a la orilla—. Venga, sentémonos un rato.

Ella pareció vacilar.

— Mi madre, que en paz descansa, falleció hace tres años, pero tengo la sensación de que me habría dicho que es una idea muy poco aconsejable. Tiene usted trazas de libertino.

Aquello llamó la atención de Robert.

— ¿Conoce usted a muchos?

— No, claro que no. Pero si conociera a alguno, estoy segura de que se parecería a usted.

— ¿Y eso por qué?

Ella frunció los labios con expresión sagaz.

—Vamos, ¿acaso busca usted cumplidos, milord?

—En absoluto. —Le sonrió, se sentó y dio unas palmaditas sobre el suelo, a su lado—. No hay de qué preocuparse. Mi reputación no es muy negra. Es más bien gris oscura.

Ella volvió a reírse, y Robert se sintió el Rey del Universo.

—La verdad es que soy la señorita Lyndon —dijo ella al sentarse a su lado.

Robert se reclinó, apoyándose en los codos.

—¿La señorita Buenlío Lyndon, supongo?

—Eso piensa mi padre, desde luego —contestó ella con viveza. Luego puso mala cara—. Debería irme. Si me ve aquí con usted...

—Tonterías —dijo Robert, ansioso de pronto por retenerla junto a él—. No hay nadie por aquí.

Ella se recostó, todavía algo indecisa. Tras un largo silencio preguntó por fin:

—¿De veras se llama Robert?

—De veras.

—Imagino que el hijo de un marqués tendrá una larga ristra de nombres.

—Me temo que sí.

Ella suspiró teatralmente.

—Pobre de mí. Yo sólo tengo dos.

—¿Y cuáles son?

Ella le miró de reojo con expresión decididamente coqueta. El corazón de Robert batió sus alas.

—Victoria Mary —contestó ella—. ¿Y los suyos? Si me permite el atrevimiento de preguntárselo.

—Se lo permito. Robert Phillip Arthur Kemble.

—Olvida usted su título —le recordó ella.

Robert se inclinó hacia ella y murmuró:

—No quería asustarla.

—Oh, no me asusto tan fácilmente.

—Muy bien. Conde de Macclesfield, pero es sólo un título de cortesía.

—Ah, sí —dijo Victoria—. No tendrá un verdadero título hasta que muera su padre. Los aristócratas son gente extraña.

Él levantó las cejas.

—Es probable que, en ciertas partes del país, aún pudieran detenerla por profesar semejantes ideas.

—Ah, pero no aquí —dijo ella con una sonrisa astuta—. No en sus tierras, junto a su lago.

—No —repuso él, y al mirar sus ojos azules halló el cielo—. No aquí, desde luego.

Victoria pareció no saber cómo responder al ansia de su mirada, y desvió los ojos. Estuvieron callados un minuto largo; luego, Robert volvió a hablar.

—Lyndon. Hmmm. —Ladeó la cabeza, pensativo—. ¿De qué me suena ese nombre?

—Mi padre es el nuevo vicario de Bellfield —contestó Victoria—. Puede que su padre le haya hablado de él.

El padre de Robert, el marqués de Castleford, estaba obsesionado con su título y sus tierras, y a menudo sermoneaba a su hijo acerca de la importancia de ambos. A Robert no le cabía ninguna duda de que le habría mencionado la llegada del nuevo vicario en alguno de sus sermones diarios. Tampoco le cabía duda de que no le había hecho caso.

Se inclinó hacia Victoria con interés.

—¿Y le agrada la vida aquí, en Bellfield?

—Oh, sí. Antes estábamos en Leeds. Echo de menos a mis amigos, pero el campo es mucho más bonito.

Él se quedó callado un momento.

—Dígame, ¿quién es ese Robert tan misterioso?

Ella ladeó la cabeza.

—¿De veras le interesa?

—De veras. —Cubrió la mano de Victoria con la suya—. Conviene que sepa su nombre, puesto que, al parecer, tal vez tenga que darle una paliza si alguna vez vuelve a intentar verla a solas en el bosque.

—Oh, basta —se rió ella—. No sea tonto.

Robert se llevó su mano a los labios y besó con fervor la parte interior de su muñeca.

—Hablo muy en serio.

Victoria hizo un débil intento de apartar la mano, pero no puso mucho empeño. Había algo en la forma en que la miraba aquel joven señor: sus ojos brillaban con una intensidad que la asustaba y la entusiasmaba a un tiempo.

—Es Robert Beechcombe, mi señor.

—¿Y la pretende, acaso? —murmuró él.

—Robert Beechcombe tiene ocho años. Íbamos a ir a pescar. Supongo que no habrá podido venir. Dijo que tal vez su madre le encargara alguna tarea.

Robert se rió repentinamente.

—Estoy sumamente aliviado, señorita Lyndon. Detesto los celos. Es una emoción de lo más desagradable.

—N-no entiendo por qué habría de sentir celos —tartamudeó Victoria—. No me ha hecho usted ninguna promesa.

—Pero pienso hacérsela.

—Ni yo le he hecho ninguna a usted —añadió ella, y su tono sonó firme al fin.

—Cosa a la que tendré que ponerle remedio —repuso él con un suspiro. Volvió a levantar su mano y le besó los nudillos—. Me gustaría muchísimo, por ejemplo, que me prometiera que no volverá a mirar a otro hombre.

—No sé de qué está hablando —contestó Victoria, completamente atónita.

—No quisiera compartirla.

—¡Milord! ¡Acabamos de conocernos!

Robert se volvió hacia ella, y aquella expresión de ligereza abandonó sus ojos con asombrosa rapidez.

—Lo sé. Mi cabeza sabe que la vi por vez primera hace solamente diez minutos, pero mi corazón la conoce de toda la vida. Y mi alma desde hace más tiempo aún.

—N-no sé qué decir.

—No diga nada. Quédese aquí sentada, a mi lado, y disfrute del radiante sol.

Y allí se quedaron, sentados sobre la hierba de la orilla, mirando las nubes, el agua y el uno al otro. Estuvieron callados unos minutos, hasta que Robert clavó la mirada en un punto distante y de pronto se levantó de un salto.

—No se mueva —ordenó, y una sonrisa bobalicona quitó gravedad a su voz—. No se mueva ni un palmo.

—Pero...

—¡Ni un palmo! —dijo él por encima del hombro mientras cruzaba el claro a la carrera.

—¡Robert! —protestó Victoria, olvidando por completo que debía llamarle «señor».

—¡Casi he acabado!

Victoria estiró el cuello, intentando ver lo que hacía. Él se había ido corriendo detrás de los árboles, y sólo vio que estaba inclinado. Se miró la muñeca, y casi le sorprendió ver que no tenía al rojo vivo el lugar donde él la había besado.

Había sentido aquel beso atravesarle el cuerpo entero.

—Ya estamos aquí. —Robert salió de la arboleda e hizo una reverencia; en la mano derecha llevaba un ramo de violetas silvestres—. Para mi señora.

—Gracias —musitó Victoria, notando el picor de las lágrimas en los ojos. Se sentía increíblemente conmovida, como si aquel hombre tuviera el poder de trasladarla al otro lado del mundo. Al otro lado del universo.

Robert le dio todas las violetas, menos una.

—Si las he cogido, ha sido por esto, en realidad —murmuró mientras le prendía la flor detrás de la oreja—. Ya está. Ahora está perfecta.

Victoria se quedó mirando el ramo que tenía en la mano.

—Nunca había visto nada tan hermoso.

Robert la miraba fijamente.

—Yo tampoco.

—Huelen a gloria. —Se inclinó y las olfateó de nuevo—. Adoro el olor de las flores. En casa tengo una madreSelva justo al lado de la ventana.

—¿Ah, sí? —preguntó él, distraído, y alargó la mano para tocar su cara, pero se refrenó justo a tiempo.

—Gracias —dijo Victoria, levantando la vista de pronto.

Robert se levantó de un salto.

—¡No se mueva! Ni un palmo.

—¿Otra vez? —exclamó ella, y una amplísima sonrisa afloró a su cara—. ¿Adónde va?

Robert sonrió.

—A buscar a un retratista.

—¿A un qué?

—Quiero immortalizar este momento.

—Pero milord... —dijo Victoria, y al ponerse de pie la risa hizo temblar su cuerpo.

—Robert —la corrigió él.

—Robert. —Estaba siendo terriblemente informal, pero su nombre de pila le salió con toda naturalidad—. Es usted tan divertido... No recuerdo la última vez que me reí tanto.

Él se inclinó y besó de nuevo su mano.

—Ah, Dios —dijo Victoria, mirando el cielo—. Qué tarde se ha hecho. Puede que papá venga a buscarme, y si me encuentra a solas con usted...

—Lo más que podría hacer sería obligarnos a contraer matrimonio —la interrumpió Robert con una sonrisa perezosa.

Ella le miró con fijeza.

—¿Y no bastaría eso para hacerle huir a otro condado?

Robert se inclinó y besó suavísimamente sus labios.

—Chist. Ya he decidido que voy a casarme contigo.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Está loco?

Él se apartó y la miró con una expresión entre divertida y perpleja.

—La verdad, Victoria, es que no creo que haya estado más cuerdo en toda mi vida.

Victoria empujó la puerta de la casa que compartía con su padre y su hermana pequeña.

— ¡Papá! —gritó—. Siento llegar tarde. He estado por ahí, explorando. Todavía hay muchas cosas que no he visto por esta zona.

Se asomó al despacho. Su padre estaba sentado detrás del escritorio, enfrascado en su nuevo sermón. Agitó la mano en el aire, indicándole presumiblemente que no tenía importancia y que no quería que le molestaran. Ella salió de puntillas de la habitación.

Se fue a la cocina a preparar la cena. Su hermana Eleanor y ella se turnaban para cocinar, y esa noche le tocaba a ella. Probó el estofado de ternera que había puesto al fuego esa mañana, añadió una pizca de sal y a continuación se dejó caer en una silla.

Robert quería casarse con ella.

Tenía que estar soñando, no había duda. Robert era conde. ¡Conde! Y con el tiempo se convertiría en marqués. Los hombres con títulos tan elevados no se casaban con hijas de vicario.

Aun así, la había besado. Victoria se tocó los labios, y no le sorprendió comprobar que le temblaban las manos. No concebía que aquel beso pudiera significar tanto para él como había significado para ella: a fin de cuentas, era mucho mayor que ella. Seguramente había besado a docenas de mujeres.

Se puso a dibujar con los dedos círculos y corazones sobre el tablón de la mesa mientras rememoraba la tarde con expresión soñadora. Robert. Robert. Murmuró su nombre, y lo escribió luego sobre la mesa con el dedo. Robert Phillip Arthur Kemble. Trazó todos sus nombres.

Era terriblemente guapo. Tenía el pelo moreno y ondulado, y un poco más largo de lo que dictaba la moda. Y sus ojos... Era de esperar que un hombre de cabello tan oscuro tuviera los ojos casi negros, pero los suyos eran azules y claros. De un azul pálido que habría parecido gélido de no ser porque su carácter los templaba.

— ¿Qué estás haciendo, Victoria?

Victoria levantó los ojos y vio a su hermana en la puerta.

— Ah, hola, Ellie.

Eleanor, a la que Victoria le sacaba tres años justos, cruzó la cocina y le levantó la mano de la mesa.

—Te vas a clavar una astilla. —Soltó su mano y se sentó frente a ella.

Victoria miraba la cara de su hermana, pero sólo veía la de Robert. Sus labios finamente dibujados, siempre listos para sonreír, y aquel leve asomo de barba en su mentón. Se preguntó si tendría que afeitarse dos veces al día.

—¡Victoria!

Levantó la vista, pasmada.

—¿Has dicho algo?

—Te estaba preguntando, por segunda vez, si mañana quieres ir conmigo a llevar comida a la señora Gordon. Papá va a compartir el diezmo con su familia mientras esté enferma.

Victoria asintió con la cabeza. Como vicario, su padre recibía en concepto de diezmo una décima parte de los productos agrícolas de su circunscripción. Vendía la mayor parte para ocuparse de la iglesia del pueblo, pero siempre había comida más que de sobra para la familia Lyndon.

—Sí, sí —dijo Victoria distraídamente—. Claro que iré contigo.

Robert. Suspiró. Tenía una risa tan encantadora...

—¿...un poco?

Victoria levantó los ojos.

—Perdona. ¿Me estabas hablando?

—Estaba diciendo —dijo Ellie con decidida impaciencia—, que he probado el estofado. Le falta sal. ¿Quieres que le ponga un poco?

—No, no. Le puse una pizca hace unos minutos.

—¿Se puede saber qué te pasa, Victoria?

—¿Qué quieres decir?

Ellie exhaló un suspiro exasperado.

—No has oído ni dos palabras de lo que te he dicho. Intento hablar contigo y tú no haces más que mirar por la ventana y suspirar.

Victoria se inclinó hacia delante.

—¿Puedes guardar un secreto?

Ellie se inclinó hacia ella.

—Ya sabes que sí.

—Creo que me he enamorado.

—No me lo creo ni por un segundo.

Victoria se quedó con la boca abierta por la consternación.

—Acabo de decirte que he sufrido la transformación más decisiva de la vida de una mujer y no te lo crees?

Ellie soltó un bufido.

—¿De quién ibas a enamorarte en Bellfield?

—¿Puedes guardar un secreto?

—Ya te he dicho que sí.

—De lord Macclesfield.

—¿El hijo del marqués? —preguntó Ellie casi gritando—. Pero si es conde, Victoria.

—¡Baja la voz! —Victoria miró hacia atrás para ver si su padre les estaba prestando atención—. Ya sé que es conde.

—Ni siquiera le conoces. Estaba en Londres cuando el marqués nos invitó a Castleford.

—Le he conocido hoy.

—¿Y crees que estás enamorada? Victoria, sólo los tontos y los poetas se enamoran a primera vista.

—Entonces supongo que soy una tonta —dijo Victoria altivamente—, pero bien sabe Dios que poetisa no soy.

—Estás loca, hermana. Completamente chiflada.

Victoria levantó la barbilla y miró a su hermana con aire de superioridad.

—La verdad, Eleanor, no creo haber estado más cuerda en toda mi vida.

Victoria tardó horas en dormirse esa noche, y cuando por fin concilió el sueño, soñó con Robert.

Él la besaba. Suavemente, en los labios, y luego en la mejilla. Y susurraba su nombre.

—Victoria...

—Victoria...

Se despertó de pronto.

—Victoria...

¿Seguía soñando?

—Victoria...

Salió de debajo de las mantas y se asomó por la ventaba que daba sobre su cama. Robert estaba allí.

—¿Robert?

Él sonrió y la besó en la nariz.

—El mismo. No sabes cuánto me alegro de que tu casa sólo tenga una planta.

—¿Qué estás haciendo aquí, Robert?

—¿Enamorarme perdidamente?

—¡Robert! —Intentó no echarse a reír, pero el buen humor de Robert era contagioso—. En serio, milord. ¿Qué hace aquí?

Él dobló el cuerpo en una reverencia galante.

—He venido a cortejarla, señorita Lyndon.

—¿En plena noche?

—No se me ocurría un momento mejor.

—Robert, ¿y si te hubieras equivocado de habitación? Mi reputación quedaría hecha jirones.

Él se apoyó en el alféizar de la ventana.

—Hablaste de una madreSelva. Estuve olfateando hasta dar con tu habitación. —Husmeó para demostrárselo—. Tengo un olfato muy fino.

—Eres incorregible.

Él asintió con la cabeza.

—O puede que sólo esté enamorado.

—No puedes estar enamorado de mí, Robert. —Pero mientras decía aquello, Victoria oyó que su corazón suplicaba que la contradijera.

—¿No? —Alargó el brazo a través de la ventana y la tomó de la mano—. Ven conmigo, Torie.

—N-nadie me llama Torie —dijo ella, intentando cambiar de tema.

—A mí me gustaría llamarte así —susurró él. Acercó la mano a su barbilla y la atrajo hacia él—. Voy a besarte.

Victoria asintió, trémula, incapaz de negarse el placer con el que había estado soñando toda la noche.

Los labios de Robert acariciaron los suyos con la suavidad de una pluma. Victoria se estremeció, sintiendo que un escalofrío recorría su espalda.

—¿Tienes frío? —musitó él, y sus palabras sonaron como un beso sobre sus labios.

Ella sacudió la cabeza sin decir nada.

Robert se echó hacia atrás y tomó su cara entre las manos.

—Eres tan hermosa... —Tomó entre los dedos un mechón de su pelo y examinó su tersura de seda. Luego volvió a acercar los labios a los de ella, frotándolos adelante y atrás para que Victoria se acostumbrara a su cercanía antes de seguir adelante. La sentía temblar, pero ella no hizo amago de apartarse, y Robert comprendió que estaba tan emocionada por su encuentro como él.

Robert puso la mano sobre su nuca, hundió los dedos en su espesa melena y sacó la lengua para trazar con ella el contorno de sus labios. Victoria sabía a menta y limón, y le costó un esfuerzo inmenso no sacarla por la ventana y hacerle el amor allí mismo, sobre la hierba mullida. Nunca, en sus veinticuatro años de vida, había sentido aquel deseo. Porque era deseo, sí, pero entrelazado con una efusión de ternura asombrosamente intensa.

Se apartó de mala gana, consciente de que quería mucho más de lo que podía pedirle esa noche.

—Ven conmigo —susurró.

Ella se llevó la mano a los labios.

Robert volvió a tomarla de la mano y tiró de ella hacia la ventana abierta.

—Robert, estamos en plena noche.

—El mejor momento para estar solos.

—Pero... ¡pero estoy en camisón! Se miró como si acabara de reparar en su impúdico atuendo. Cogió las mantas e intentó envolverse en ellas.

Robert intentó no reírse.

— Ponte la capa —le ordenó suavemente—. Y date prisa. Tenemos mucho que ver esta noche.

Victoria dudó un momento. Irse con él era el colmo de la insensatez, pero sabía que, si cerraba la ventana ahora, se preguntaría el resto de su vida qué habría ocurrido esa noche de luna llena.

Salió apresuradamente de la cama y sacó del armario un manto largo y oscuro. Era muy grueso para el calor que hacía, pero no podía ir a pasear por el campo en camisón. Se abrochó el manto, volvió a subirse a la cama y con ayuda de Robert se deslizó por el alféizar.

Soplaba una brisa enérgica, cargada del olor de la madreSelva, pero Victoria sólo tuvo tiempo de respirar hondo una vez antes de que Robert tirara de su mano y echara a correr. Se rió en voz baja mientras cruzaban el prado a la carrera y se adentraban en el bosque. Quería gritar su alegría a las copas de los árboles, pero no se olvidaba de la ventana abierta del cuarto de su padre.

Unos minutos después salieron a un pequeño claro. Robert se paró en seco, y Victoria estuvo a punto de chocar con él. La sujetó con fuerza, apretándose indecentemente contra ella.

—Torie... —murmuró—. Oh, Torie...

Y la besó de nuevo, la besó como si fuera la última mujer sobre la faz de la tierra, la única jamás nacida.

Pasado un rato ella se apartó, los ojos azules oscuros llenos de confusión.

—Todo va tan deprisa... No sé si lo entiendo bien.

—Yo tampoco lo entiendo —dijo Robert con un suspiro de felicidad—. Pero no quiero hacerme preguntas. —Se sentó en el suelo, tirando de ella. Luego se tumbó de espaldas.

Victoria, todavía agachada, le miraba con un asomo de duda.

Robert dio unas palmadas sobre la tierra, a su lado.

—Túmbate a mirar el cielo. Es espectacular.

Victoria miró su cara, iluminada por la dicha, y se tendió sobre la tierra. El cielo le parecía inmenso.

—¿No son las estrellas lo más asombroso que has visto? —preguntó Robert.

Victoria asintió con la cabeza y, al acercarse a él, el calor de su cuerpo le pareció extrañamente atrayente.

—Están ahí para ti, ¿sabes? Estoy convencido de que Dios las puso en el cielo sólo para que pudieras verlas esta noche.

—Qué imaginación tienes, Robert.

Él se tumbó de lado y, apoyándose en el codo, usó la mano libre para apartarle un mechón de la cara.

—Nunca la he tenido, hasta hoy —dijo en tono serio—. Nunca he querido tenerla. Pero ahora... —Hizo una pausa, como si buscara esa combinación imposible de palabras capaz de expresar lo que sentía su corazón—. No puedo explicarlo. Es como si pudiera contarte cualquier cosa.

Ella sonrió.

—Claro que puedes.

—No, es más que eso. Nada de lo que digo suena extraño. Ni siquiera con mis mejores amigos puedo ser del todo franco. Por ejemplo...

—Se puso en pie de un salto—. ¿No te parece asombroso que los humanos puedan sostenerse sobre los pies?

Victoria intentó incorporarse, pero la risa la obligó a tumbarse de nuevo.

—Piénsalo —dijo él, bamboleándose sobre los talones—. Mira tus pies. Son muy pequeños comparados con el resto de tu cuerpo. Lo lógico sería que nos cayéramos cada vez que intentáramos levantarnos.

Esta vez, ella pudo sentarse, y se miró los pies.

—Supongo que tienes razón. Es bastante sorprendente.

—Nunca se lo había dicho a nadie —dijo él—. Llevo toda la vida pensándolo, pero no se lo había dicho a nadie hasta ahora. Imagino que me preocupaba que la gente pensara que es una estupidez.

—A mí no me lo parece.

—No. —Se agachó a su lado y tocó su mejilla—. No, ya lo sé.

—Yo creo que eres brillante sólo por haberlo pensado —dijo ella lealmente.

—Torie, Torie... No sé cómo decirlo, y desde luego no lo entiendo, pero creo que te amo.

Ella volvió bruscamente la cabeza para mirarle.

—Sé que te amo —añadió él con más ímpetu—. Nunca me había pasado nada parecido, y que me aspen si dejo que la prudencia mande sobre mí.

—Robert —musitó ella—. Creo que yo también te quiero.

Él notó que se quedaba sin aire, se sintió poseído por una felicidad tan poderosa que no pudo estarse quieto. La hizo levantarse.

—Dímelo otra vez —imploró.

—Te quiero. —Victoria sonreía, atrapada por la magia del momento.

—Otra vez.

—¡Te quiero! —Las palabras se mezclaron con su risa.

—¡Oh, Torie, Torie! Voy a hacerte tan feliz... Te lo prometo. Quiero dártelo todo.

—¡Quiero la luna! —gritó ella, creyendo de pronto que tales fantasías eran posibles.

—Te lo daré todo, y además la luna —dijo él con vehemencia.

Y luego la besó.